

Adrián Sotelo Valencia, *La reestructuración del mundo del trabajo. Superexplotación y nuevos paradigmas de la organización del trabajo*, México, Editorial Itaca/ Universidad Obrera de México/Escuela Nacional para Trabajadores, plantel Morelia, 2003, 185 pp.

Por Irma Balderas Arrieta

El libro *La reestructuración del mundo del trabajo. Superexplotación y nuevos paradigmas de la organización del trabajo*, de Adrián Sotelo, refleja el resultado de una investigación con un desarrollo teórico y empírico ampliamente sustentado. Sus tesis principales se pueden ubicar entre las más destacadas reflexiones de la tradición latinoamericana en la que se encuentran quienes han teorizado los problemas estructurales y contemporáneos de América Latina: empleo/desempleo, salarios, pobreza, deuda externa, desarrollo y subdesarrollo, crisis mundial, con un enfoque desde la región y para ella, no como un traslape de los conceptos anglosajones o eurocéntricos hacia las problemáticas muy específicas de nuestros países.

El libro se enmarca en la teoría marxista de la dependencia. Así, el autor no se sumerge sólo en disquisiciones teóricas, sino que prueba sus principales hipótesis con investigación empírica apoyada en documentos elaborados, muchos de ellos, por organismos representantes de los propios trabajadores, pero también utiliza fuentes y documentos institucionales.

Otro aspecto destacado del libro es que se trata de un trabajo que parte de la totalidad y de un desarrollo histórico precedente. La problemática que en él se analiza, *la reestructuración del mundo del trabajo*, es retomada a partir de las estructuras básicas que conforman el *modo de producción capitalista contemporáneo* como una parte integrada al todo o una totalidad integrada, con sus debidas conexiones internas y sus propias mediaciones dentro del contexto que nos ha tocado vivir pues es lo contemporáneo, lo actual, lo que analiza.

Con la consciencia de que el libro se concentra en el mundo del trabajo es plausible plantear las siguientes reflexiones.

Desde 1979 nos encontramos en lo que Héctor Guillén Romo llama "una contrarrevolución neoliberal" que arrasa a todo el mundo y de manera particular a América Latina, inserta en una fase que muchos han dado en llamar de "globalización", en la que estaríamos asistiendo a una etapa más desarrollada del capitalismo. Sin embargo, ésta se expresa en una destrucción de los aparatos productivos nacionales a nivel mundial pero de manera mordaz en América Latina; así como en una desarticulación creciente de los mercados laborales como un problema

que en cierta forma tiene que resolverse –lo cual es la principal preocupación del autor. Sin embargo, no asistimos a la desaparición del mundo del trabajo, pues el contingente de trabajadores asalariados es cada día mayor. No hay un solo país donde la gente en edad productiva ya no trabaje (independientemente de las secuelas del desempleo).

Nadie puede negar los cambios que en el ámbito productivo se están presentando, especialmente los dirigidos por las innovaciones científico-técnicas, ni la carrera desaforada de los servicios como un sector que se superpone en el empleo en todo el mundo; sin embargo, tampoco se puede obviar el aumento de la población económicamente activa (PEA) mundial, su distribución sectorial y las características particulares que asume en cada región o en cada marco nacional.

Según el Banco Mundial, la PEA mundial alcanza en el año 2000 alrededor de 2 732 millones de personas, las que poco más de 965 millones son mujeres, pero también con un alto contingente de niños trabajadores en el mundo: 150 millones, según la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Efectivamente, esta población está mayormente empleada en el sector servicios –en el cual se concentra la mayor proporción de la Inversión Extranjera Directa global– y en el empleo formal e informal en sus formas más precarizadas. Pero si atendemos a su distribución mundial, 80 por ciento de la PEA está en el llamado Tercer Mundo, y de ésta, 193.4 millones corresponden a América Latina.

Existen quienes afirman que la *ley del valor-trabajo* ya no rige la acumulación del capital en el capitalismo mundial contemporáneo, sino que éste es dinamizado por la “economía del conocimiento o el trabajo inmaterial”. Contra estas tesis Adrián Sotelo polemiza en este libro.

En *La reestructuración del mundo del trabajo...* el punto de partida es justamente la vigencia de la *ley del valor* y su mundialización, que en esta etapa está dinamizada por las estrategias de los capitales y las empresas transnacionales que se han expandido por todo el mundo buscando la ganancia fácil e inmediata en una lucha feroz por la competitividad y la rentabilidad mundial.

La ley del valor/trabajo es la base de la globalización-mundialización del capitalismo. Éste, en su fase actual imperialista y expansionista, no se puede entender sin aquella base y las categorías que ésta implica tales como valor, plusvalía, tasa de ganancia, composición orgánica de capital, monopolios y ciclos de capital. Al enfocarse así,

el mundo del trabajo necesariamente tiene que encuadrarse en el proceso global de explotación que conllevan... la concentración y centralización del capital. Proceso que, en su lógica, es decir, la que implica el capitalismo parasitario, encuentra cada vez más dificultades para producir valor y, por ende, riqueza social. Por lo que el empresariado como un todo tiene que resarcirse de sus pérdidas recurriendo a la superexplotación del trabajo allí donde existen las condiciones económicas, políticas y jurídico-institucionales; es decir, ya no solamente en la periferia del sistema sino, incluso, en los países del capitalismo central (pp. 36 y 37).

Entre quienes niegan la vigencia de dicha ley y su proyección, como nunca antes, en la esfera mundial, destacan Michael Hardt y Antonio Negri, quienes en su libro *Imperio* sostienen:

... las transformaciones del trabajo productivo y su tendencia a hacerse cada vez menos material. El lugar central en la *producción del superávit*, que antes correspondía a la fuerza laboral de los trabajadores en las fábricas, hoy está siendo ocupado progresivamente por una fuerza laboral intelectual, inmaterial y comunicativa. De modo que es necesario desarrollar una nueva teoría política del valor capaz de plantear el problema de esta *nueva acumulación capitalista de valor*... Una vez que se elabore una *nueva teoría del valor*, es necesario formular además una *nueva teoría de la subjetividad* que opere principalmente a través del conocimiento, la comunicación y el lenguaje¹ (curvas más).

Entonces, tenemos dos elementos: el primero, este intento de caracterizar lo que muchos llaman una nueva fase –la “globalización”– que se identificaría, según el pensamiento dominante, por el predominio de lo financiero sobre lo productivo, por ende sobre el trabajo, este último perdiendo centralidad. Se afirma, entonces, que estamos en un estadio caracterizado por el devenir de un mundo que se reproduce sobre la base de las nuevas tecnologías: en las áreas productivas más desarrolladas, en la industria automotriz y en los servicios como las telecomunicaciones y las finanzas que ahora son preponderantes en esta “nueva economía”, como se le llamó a la expresión norteamericana de esta nueva etapa.

Así, tenemos esta fase del capital en la cual se desarrolla y se aplica la tecnología informática, microelectrónica, las telecomunicaciones, con una capacidad potencial para generar, almacenar, procesar y transmitir información desde cualquier lugar a cualquier parte del mundo simultáneamente, lo que genera enormes posibilidades para crear productos financieros con una reducción notable de costes de información y transacción.

El segundo elemento es que tenemos a la “sociedad del conocimiento”, es decir, a los gestores del “trabajo inmaterial”, quienes constituirían la base del novísimo régimen de acumulación de esta era conocida como “globalización”.

Dados estos dos elementos se habría constituido y estructurado un esquema de acumulación fundado en la “globalización” y ésta a su vez sobre los cimientos de la “economía del conocimiento”.

Pero si nos atenemos a principios rigurosos, esta nueva “clase o tipo” de trabajadores no sería más que los nuevos técnicos e ingenieros –el analista simbólico de Jeremy Rifkin– operadores de la fase especulativa del capitalismo contemporáneo en el plano mundial, esto es, los gestores de la economía que se volvió especulativa. Pero, ¿con qué especulaba y especula en el neoliberalismo?

¹ Michael Hardt y Antonio Negri (2002), *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 1ª. reimpresión, pp. 42 y 43.

No olvidemos que la carrera financiera fue inaugurada desde la década de los setentas en Europa y Estados Unidos con la emisión de títulos y documentos para financiar los crecientes déficit de cuenta corriente de las naciones desarrolladas. Pues con la deuda externa de los países dependientes y subdesarrollados, como los latinoamericanos (con la apertura y desregulación del sector bancario y financiero), así como con la oleada privatizadora de las empresas estratégicas de nuestros países (las empresas latinoamericanas más importantes: Telmex, Aeroméxico y Mexicana, Altos Hornos de México; Telebras, petroquímica y minas en Brasil; Yacimientos Petrolíferos Fiscales en Argentina, etcétera) que creó un hervidero de intermediarios en los mercados financieros a partir de la liberalización del mercado de las telecomunicaciones, del transporte aéreo, de la electricidad, de energéticos como el gas natural y el petróleo, y recursos como el cobre, que puso en práctica a la hora de las privatizaciones la realización de importantes operaciones financieras que hicieron orbitar un impresionante cúmulo de recursos monetarios en esos mercados intangibles, inmateriales.

Entonces, la tesis de la ideología dominante sería que tenemos una nueva fase en el capitalismo contemporáneo, la de "globalización", que se caracteriza por la primacía del mundo de lo financiero y lo comunicacional que ya no necesita de la valorización de lo productivo, por ende ya no necesita del trabajo, éste ya no es central; esta nueva fase tendrá su propio régimen de acumulación: "la sociedad del conocimiento", fase que a su vez hará necesaria, como dicen Hardt y Negri, una teoría del valor que ya no se sustente en el trabajo con su expresión material, sino en otro trabajo, uno inmaterial, por cierto, y meramente en el plano del conocimiento.

Pero, sin duda, estos autores omiten irresponsablemente o no quieren poner en el centro de sus teorizaciones las cifras de los trabajadores que se encuentran empleados en la "economía del conocimiento", es decir, en lo que la Organización Internacional del Trabajo (OIT) llama los trabajadores de las "nuevas tecnologías de la información y la comunicación". Dice Adrián Sotelo en el capítulo 5 de su libro:

los empleos del sector de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación representan 4.4 por ciento del empleo total en los países más industrializados (Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y Suecia) [...] dicho sector [...] representa sólo 6.1 por ciento del empleo total en Estados Unidos, mientras que en 15 países de la Unión Europea –donde comparecen Francia y Alemania que entre ambos absorben alrededor de 50 por ciento del PIB regional– dicha proporción representa 3.9 por ciento del empleo total (pp. 125 y 126).

Estos datos se pueden seguir desglosando y no encontramos más novedades pues, por ejemplo, en Inglaterra, con 133 mil 800 empleados en el sector del conocimiento –5 por ciento del empleo total–, sólo 36 mil 100 son mujeres, esto es, 27 por ciento de esa fuerza laboral, lo cual indica que impera una estructura

jerárquica y sexista de los mejores empleos en la economía mundial. ¿Dónde se encontraría entonces la novedad de esta nueva fase conocida como de "globalización"?

En síntesis, Hardt y Negri, como muchos otros autores, olvidaron o borraron de un teclazo a los millones de trabajadores que viven de la *venta de su fuerza de trabajo* en el llamado Tercer Mundo con empleos materiales, superexplotados y alejados de cualquier sociedad del conocimiento.

Resulta que el boom de la globalización que creó al milagro japonés, a la *new economy* estadounidense, a los tigres asiáticos, a los mercados emergentes de los países subdesarrollados –México, Brasil, Argentina, Corea del Sur, Hong Kong–, es decir, todo lo que le dio cuerpo a la etapa de la llamada "globalización" se diluye entre las crisis recurrentes, el desempleo y la propia desaparición de las empresas que iban a servirle como "locomotora". Caen los emporios de las telecomunicaciones, del transporte aéreo, las empresas de la alta tecnología y las comunicaciones y desaparecen los empleos de las "áreas del conocimiento".

Asimismo se precarizan los mercados laborales del primer mundo ¿Qué más nos puede ofrecer el llamado proceso de globalización?

El libro de Adrián Sotelo nos habla de una paradoja: por un lado tenemos el contexto de la globalización, que quiso construir su propio ciclo destruyendo la estructura productiva y el empleo industrial anterior, y por el otro, el que ahora nos dice que se acabó la era del trabajo; es decir, primero destruye el trabajo y después se afirma que éste ya no es central, que ya no tiene razón de ser.

Podríamos concluir que nos encontramos ante una economía que abandonó el espacio productivo para ir al especulativo, espacio donde no se genera valor; por eso hoy en día el capital recurre a la superexplotación del trabajo y la generaliza, aún en los países centrales como Estados Unidos, Japón y los países europeos como un mecanismo para resarcir sus concurrentes crisis de valor.

Si queremos tener una explicación abarcadora del contexto de crisis que nos ha tocado vivir en las últimas décadas, más vale que dirijamos nuestra mirada a las mutaciones que está viviendo el mundo productivo pues es ahí donde se encuentra su explicación y seguramente será ahí donde pueda surgir una alternativa. Es la oportunidad que nos ofrece el interesante texto que comentamos.